

José Agustín Goytisolo, poeta furtivo

ANA MARIA MOIX *

Goy P/1683

JOSÉ Agustín Goytisolo, recientemente galardonado con el Premio Ciudad de Barcelona por su libro de poemas «Los pasos del cazador» (1), es —según los versos de «Si todo vuelve a comenzar», poema perteneciente a «Del tiempo y del olvido»— «peor todavía de lo que muchos creen. Le gusta justamente el plato que otro come, aburre una tras otra sus camisas; le encantan los entierros y odia los recitales, duerme como una bestia, desea que los muebles estén más de mil años en el mismo lugar, y aunque a escondidas usa tu cepillo de dientes, no quiere que te peines con su peine; es fuerte como un roble, pero se anda muriendo a cada rato; comprende las cuestiones más difíciles, y no sabe resolver lo que en verdad le importa». Además, dice (al iniciar el poema titulado «Sobre la temporada en Barcelona») que «cuando llega el otoño las gentes de esta bendita ciudad comienzan a telefonearse rápidamente, organizan tremendas fiestas y se besan y se saludan, hola qué tal cuánto tiempo te quiero mucho llámame. Entonces él se afelta con cuidado, pone una de sus caras más miserables, guarda un par de Alka-Seltzer en el bolsillo, e inaugura su vida social».

Suele referirse a sí mismo en términos no exentos de dureza, con sarcasmo y desenfado, como cuando en los brumosos años cincuenta se paseaba metido en una vieja gabardina por los barrios de Barcelona o de Madrid, miraba en torno suyo, empapándose de una tristeza y apatía histórica y arremetía contra una resplandeciente burguesía dueña de un mundo que «se hizo sin duda para ser asiento/de posaderas recias y bursátiles...». Quién así se expresa en «Salmos al viento» (1958) se trata con insolencia y disfavor, se veja y escarnece en sus poemas como alguien que, antes de abalanzarse rabiosamente contra su contrincante, prefiere herirse a sí mismo para, maltrecha ya, menguadas las fuerzas y debilitado el ímpetu, el golpe contra el adversario se produzca libre de odio y no resulte mortal.

Porque el adversario es el mundo y la desahuciada humanidad que lo habita, y aunque el poeta se lleva mal con la realidad y la vida en general, no puede evitar sentir, tras la irónica mueca verbal —que no oculta sino una incurable

amargura—, una cierta e incorregible ternura por la frágil, mísera y desprotegida condición humana. Y José Agustín Goytisolo, que, como escribe en el prólogo de «Taller de Arquitectura», «ha nacido, vive y trabaja en una ciudad que ama, que ama y odia, que le fascina y engaña, que muda de rostro, crece, se vuelve irreal, sádica, rodea sus sueños y su melancolía, y le empuja a extraños lugares gratos o reuniones incalificables» es, sobre todo, un poeta —uno de los más notables de la actual poesía en lengua castellana, de imprescindible referencia a la hora de considerar la poesía surgida a partir de los años 50 y, sin duda, una de las voces más personales, originales e incontaminadas de modas y consignas estéticas pasajeras—. Un poeta que ha logrado alcanzar un lenguaje formal propio, que le individualice y se adecue a su tiempo y al mundo que le rodea.

Pero «su profesión se sabe es muy antigua/y ha perdurado hasta ahora sin variar/a través de los siglos y civilizaciones» —ha escrito refiriéndose a los poetas en «Así son»—. «No conocen vergüenza ni reposo/se empujan en su oficio a pesar de las críticas/unas veces cantando/otras sufriendo el odio y la persecución/mas casi siempre bajo tolerancia». «Creen en el amor a pesar de sus muchas corrupciones y vicios/ suelen mitificar bastante la niñez/y poseen medallones o retratos/que miran en silencio cuando se ponen tristes». Añade que «Le piden a la vida más de lo que ésta ofrece./ Difícilmente llegan a reunir dinero/la previsión no es su característica/y se van marchitando poco a poco/de un modo algo ridículo/si antes no les dan muerte por quién sabe qué cosas./Así son los poetas/las viejas prostitutas de la historia». Prostitutas, no obstante, sabias, expertas en diagnosticar involuntarias sobrevivencias y lamer tristeza ajena a ritmo de bolero: «A ti te ocurre algo/yo entiendo de esas cosas/hablas a cada rato/de gente ya olvidada/de calles lejanísimas/con farolas a gas...» O maestras en el manejo de ritmos y métricas astutas, rápidas y diestras en usos del lenguaje y la contención de emociones para pasar del lirismo de «El retorno» (Madrid, 1955, primer libro de poemas del autor) a la ironía y el sarcasmo de «Salmos al viento» (Premio Boscán, 1956, reeditado por Lumén, 1980), poemas narrativos, en su mayor parte, de hechos cotidianos, donde en medio del

mundo cerrado y egoísta de la burguesía, entre la vida mezquina, pícara y burlesca de los proscritos, esa vieja Prostituta de la Historia, que es el poeta, se detiene en personajes casi angélicos, puros: los inocentes.

«Los pasos del cazador», último libro de José Agustín Goytisolo, es, como el autor explica en el prólogo, un conjunto de poemas y canciones reescritos, corregidos y elaborados a partir de notas, recuerdos y esbozos de poemas pertenecientes a una época anterior a la publicación de sus primeros libros, a sus «primeros años de cazador». Práctica, la de la caza, que le llevó a «patear» buena parte de las provincias de Badajoz, Cáceres, Ciudad Real, Avila y Salamanca donde el habla de sus habitantes, sus giros y expresiones, el abundante repertorio de nombres y adjetivos usados ordinariamente y que se reflejaban en frases y canciones, letrillas y romances «se me metió —escribe el poeta— en mi memoria y en mi lengua».

«El resultado de convertir en poesía culta mis antiguas notas formó el libro que tienes en las manos —explica el autor—. Es, oh piadoso lector —y por eso no mi semejante y, menos aún, mi hermano—, un artificioso y ordenado conjunto de poemas y canciones, ensamblados en una serie de secuencias o estaciones que siguen los tiempos y los pasos de un cazador durante la temporada cinegética: es decir, desde la codorniz, en agosto, hasta la veda, en marzo». Sin embargo, el lector hallará en este libro los pasos que conducen a una caza de otra índole: una caza poética, literaria, que conducen los pasos del escritor a la búsqueda y rescate de los elementos que componen el material con el que trabaja, el lenguaje. «Muchos de esos elementos verbales, a veces los más nobles, hay que ir a buscarlos y rescatarlos, pues se encuentran sepultados por el peso de esa selva densísima y oscura, llena de troncos, papagayos, llanas, mandriles y raíces, a la que llaman tradición literaria». Y el resultado es un libro luminoso, dotado de esa dignidad y mesura propia de lo elaborado con materiales nobles. Y es un libro —como los anteriores de Goytisolo, pero por distintas razones— singular que ha logrado casar el acento arrancado del Romancero o del Cancionero tradicional con el de la mejor poesía contemporánea.

* (Escritora)